

MILORAD PAVIĆ

Los espejos venenosos

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE GORAN PETROVIĆ

TRADUCCIÓN DE DUBRAYKA SUŽNJEVIĆ

narrativasextopiso



Los espejos venenosos y otros relatos
MILORAD PAVIĆ

SELECCIÓN Y PRÓLOGO DE GORAN PETROVIĆ
TRADUCCIÓN DE DUBRAVKA SUŽNEVIĆ



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Све приче

Copyright © 2011 JASMINA MIHAJLIVIĆ
www.khazars.com

Primera edición: 2021

Traducción
© DUBRAVKA SUŽNJEVIĆ

Imagen de portada
Door-of-consciousness
© ANDREY-BOBIR

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2021
América 109
Colonia Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México
SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
QUINTA DEL AGUA EDICIONES

ISBN: 978-84-18342-37-0
Depósito legal: M-5896-2021

Impreso en España



Republic of Serbia
Ministry of Culture and Media

Este libro se publicó gracias al apoyo del Ministerio de
Cultura e Información de la República de Serbia.

ÍNDICE

Con un susurro apenas perceptible	9
Juego de té de Wedgwood	17
Cena en Dubrovnik	25
Pan y vino	33
Ojos multicolores	43
Baco y el leopardo	49
La caballería	53
Cabello planchado	67
El medio hermano	73
El lodo	83
Vida y muerte de Ioannis Siropoulos	101
La pelea de gallos	105
El galgo ruso	131
El calendario rojo	143
Los hijos de Karamustafa	147
El cuchillo monacal	151
La habitación de Andrija Andál	161
Los espejos venenosos	169
La inscripción en la cobija de caballo	189
Una larga navegación nocturna	195
La Mezquita Azul	201
Dos estudiantes de Irak	209

El jardín de Shakespeare	225
La feria del ganso	229
El cuento que mató a Emilia Knor	233
Dos abanicos de Gálata	249
Autobiografía	255

CON UN SUSURRO APENAS PERCEPTIBLE

LAS ALMOHADAS... Estos cuentos fueron precedidos por una tarea aparentemente común que todos hemos hecho al menos alguna vez, aunque muchos, hasta miles de veces... Porque estos cuentos son como las almohadas que por la mañana sacudimos y dejamos en los alféizares para que se asoleen, y el aire y el calor inundan las plumas en su interior. Estos cuentos son almohadas esponjadas que después regresamos a las cabeceras de nuestras camas con sábanas alisadas, o recién cambiadas, si es que se trata del «solemne» día en que cambiamos la ropa de cama semanalmente... Estos cuentos son almohadas cuyas plumas-palabras de noche, con un susurro apenas perceptible, se adaptan de nuevo al cuello y a la cabeza del durmiente, dependiendo de cómo este descansa, de lado o boca arriba.

A propósito, Milorad Pavić solía escribir en la cama las primeras versiones de sus poemas, textos dramáticos, cuentos y novelas, apoyado en una almohada enderezada, por lo que también podría decirse que escribía según la forma de sus ensoñaciones.

EL LECHO... Este, el lecho, es el lugar del amor, lugar donde se engendra la descendencia, el lugar de donde uno puede irse lo más lejos posible sin mucho movimiento... Ahí, en las horas nocturnas, con un libro caído sobre el pecho, el lector cruza la frontera entre la vigilia y el sueño casi inadvertidamente, y por la mañana, lleva al otro lado lo imprescindible para sobrevivir la cotidianidad.

Como ya se dijo, el lecho es también el lugar donde uno puede escribir... Por ello, no parece casualidad que el afamado *Diccionario jázaro* haya nacido el día en que Milorad Pavić

colocó sobre la cama («cubierta de terciopelo morado»), en su dormitorio («bañado de sol»), cuarenta y siete pedacitos de papel («inicios de capítulos» de la obra que lo haría mundialmente famoso)...

Y aunque ignoro si en ese tiempo Pavić tenía sus dos galgos rusos, me parece escuchar a esos galgos dando vueltas del otro lado de la puerta, rascándola y tratando de oprimir, de un brinco, el picaporte de latón con sus patas delanteras... Digo que ignoro eso, pero lo que sí sé es que los hijos de Pavić entraron en ese dormitorio y, sorprendidos, preguntaron a su padre qué estaba haciendo... Y aunque esto de la hija y el hijo lo sé por haberlo leído, no podría afirmar que Pavić, en aquel momento, tuviera en la boca, apretado entre los dientes, ese pedazo de madera tallada que llamamos pipa, y que sobre esa extraña ramita o rama estuviera posado, ¡vaya!, un pájaro peculiar, que más bien se parecía a unos bigotes dispuestos a levantar el vuelo... El pájaro descansaba ahí, luego se sacudía las alas, después las extendía, tal y como se extendían los bigotes de Milorad Pavić cuando quería sonreír... Si fue así, entonces esos bigotes o ese pájaro que estaba por echarse a volar, lo que fuere, le daba cosquillas y olía a tabaco para pipa...

De cualquier modo, sobre el lecho estaba el inicio de una novela que podía leerse en el orden en que lo quisiera el lector: si primero quería sudar de emoción y después respirar como un pez sacado del agua; si primero quería despertarse como de una pesadilla, y luego sumergirse en un sueño que le sacara la sonrisa de un niño; si acostarse en ropa y calzado, y apenas después desvestirse, no solo hasta quedar desnudo, sino aún más, hasta llegar a la pretérita virginidad del recién nacido... Según la elección de cada quien. Las maneras de leer la prosa de Milorad Pavić jamás son iguales, son la prueba de que la vida se renueva también a través de la literatura.

LA MESA... Donde hay una almohada, donde hay un lecho, ahí cerca hay una mesa. La del comedor. Estos cuentos se pueden

leer de modo que entre usted y ellos esté el plato. Pero también pueden leerse de manera que ellos estén entre usted y el plato. Estar sentado así a la mesa del comedor significa que usted puede agasajarse de dos maneras: la primera se acerca más a lo que llamamos una comida compartida, y la otra a lo que denominamos un banquete.

Si quiere subrayar algo no tiene que buscar un lápiz, puede hacerlo como lo hacía Pavić cuando no tenía un lápiz a la mano, con la uña del índice.

LOS CUARTOS... Si uno se levanta de la mesa y empieza a recorrer los cuartos de ese hogar, pronto se da cuenta que no es un apartamento o una casa, sino que abarca muchas más habitaciones que el edificio más grande incluso. Algunos cuartos, en efecto, están ahí enseguida, a uno o dos pasos, pero otros están separados por varias calles, y algunos más se encuentran en otras ciudades y países... Algunos siguen existiendo aún ahora, y otros solo existen en tiempos pasados, en distintas décadas del siglo anterior, incluso en los siglos que antecedieron a aquel...

Ahí está el cuarto en el que Milorad Pavić, de niño, estaba aprendiendo a tocar el violín, luego el cuarto donde de joven tocaba las composiciones de Max Bruch... Y aunque no tengo certeza de esto, casi que puedo afirmarlo: alrededor de ciento cincuenta crines de caballo selectas, que unidas formaban la cuerda del arco de violín, olían ora a un hatillo de ciento cincuenta caballos maneados, ora a una manada suelta en medio de la pradera. Casi que puedo afirmarlo, porque el caballo, los caballos, las riendas, los arneses, la cobija ecuestre, la silla de montar, el aroma del caballo, son motivos frecuentes en la prosa de Pavić.

De ahí se puede ir a alguna cabaña de pastor abandonada en el monte, porque a Pavić le gustaba practicar el montañismo en su juventud... Eso sí lo sé, porque él mismo me contó haberse extraviado en una montaña, siendo estudiante, en

compañía de su querido amigo, que más tarde resultaría ser uno de los mejores poetas serbios, Miodrag Pavlović... Después, yo estuve imaginándome a uno de los mejores prosistas y a uno de los mejores poetas futuros vagando por la fría montaña, con la terrible oscuridad agarrándolos de la garganta y la constelación de luciérnagas dándoles valor... Para acabar pernoctando en aquella sencilla cabaña de pastor.

Ahí están los cuartos en los que Pavić estudiaba francés, ruso, inglés... luego, el cuarto donde, un poco mayor, traducía al serbio *Eugenio Onegin* de Pushkin o la poesía de Byron...

También está su cubículo en Novi Sad, ciudad a la que, en época de guerra, es más seguro llegar nadando por el Danubio que cruzando sus puentes... Ahí está ese cubículo donde Pavić, profesor de universidad, historiador de la literatura serbia del siglo XVII al XIX, preparaba las clases para sus estudiantes, editaba libros de escritores olvidados, y donde terminó su obra científica de mayor renombre: *Historia de la literatura serbia del barroco...*

Ahí están finalmente los cuartos en los que escribía sus obras literarias, primero los poemas, publicados en dos libros, *Palimpsestos* y *La piedra lunar*, luego los dramas, los cuentos, las novelas...

Pero también están los cuartos en los que algunos, en alguna parte, justo ahora están leyendo los libros de Pavić, traducidos a decenas de idiomas. Incluido este, una selección de sus cuentos, que en este momento sostiene usted en sus manos, volviéndose así parte de esa misma selección, que otra persona tiene ya en una repisa.

LOS CUENTOS... Estos, los cuentos de Pavić, son lo único más grande que todos esos cuartos diseminados por el mundo. Un cuento lo es todo, la suma, la totalidad, el círculo cerrado, sobre todo si se eliminan las fronteras entre el escritor y los lectores...

Entre los continentes no hay diferencia, solo un poco más o un poco menos de líquido amniótico, la distancia a las ori-

llas equivale a la duración de las confesiones, de las conversaciones de los viajeros en la cubierta de un barco que corta las olas...

Los puntos cardinales en Pavić son determinados por los hechos de a quién le dice uno qué cosa, qué quiere decir, hacia qué lado dan la cara las oraciones... Un punto cardinal en Pavić también puede ser la mujer amada, una sola, la única. Pero, dada la multiplicidad de lenguas, ¿acaso hay una brújula más precisa?

En la prosa de Pavić se entrelazan las sombras de las religiones. Los reflejos de los campanarios se cruzan con los de los minaretes... Los reflejos de los minaretes se entremezclan con las siluetas de las sinagogas... Las sombras de columnas arcaicas y de los obeliscos aún más antiguos adornan las construcciones modernas; a su alrededor, en las plazas, circula ahora el bullicio de la civilización contemporánea... Stonehenge no tiene que estar hecho de megalitos, a veces se trata de unos cuantos guijarros que un niño colocó en un banco de arena o en una planicie... Las impresiones de nuestras palmas de las manos no difieren de los contornos palmares impresos en las cuevas, creados ahí decenas de miles de años atrás, en el momento en que empezamos a tender las manos... para después usar solo tres dedos para escribir, los que sostienen un lápiz... Luego solo dos, suficientes para teclear sobre el teclado de la computadora... Incluso, uno solo, para «desplazar» nuestras imágenes en los celulares, una y otra vez, preocupados más que nada por la duración de la batería...

Milorad Pavić borra la frontera entre lo imaginario y lo real, y por lo mismo, entre lo futuro y lo pasado...

En la poética de Pavić, en su visión del mundo, los océanos, los mares, los grandes ríos, los arroyos, el sudor cuando hacemos el amor o blandimos los sables para matarnos, incluso el aliento mientras nos susurramos mutuamente algo tierno, se evaporan, se vuelven granizo, nieve, lluvia, escarcha, rocío... El agua regresa así a la tierra, nos moja los bigotes, las caras, el pelo, la ropa, los cuerpos, el susurro se humedece, los sables

se oxidan, los amores brillan, los arroyos crecen, los océanos suben, espuman, se mecen como las cunas de los colosos... El mundo de Pavić es una gran clepsidra, un reloj de agua... Ojalá que el Creador o la Naturaleza no desistan de darle vuelta oportunamente...

Lo mismo ocurre con otros relojes, motivos constantes en Pavić. El de arena se crea porque el desierto se mueve y en la forma de un solo grano de arena se mete en el calzado de los peregrinos, molestando más que el hecho de tener que atravesar caminando todo el desierto. Hasta que un caminante se detiene y le da la vuelta al reloj de arena al quitarse el calzado y sacudir aquel único grano, devolviéndolo a las dunas del desierto. Con lo que se reestablece el equilibrio.

Milorad Pavić quería eliminar todas las fronteras y con su propia mano trasladaba la historiografía a sus cuentos, aunque fuera nada más tanto cuanto cupiera debajo de la uña para subrayar... A su vez, en lo que llamamos «historia de las épocas» introducía la historia individual, la del hombre. Aquel que cree que eso es fácil debe intentar mantener el equilibrio en una balanza entre los puñados y puñados de balas de plomo disparadas en las guerras, las balas de cañón de hierro y todas las bombas que cayeron sobre su país (lo que ocurrió tres veces a lo largo de la vida de Pavić...). Aquel que cree que eso es fácil debe intentar equilibrar todos esos montones de plomo, hierro, uranio incluso, con un atado de papeles necesario para escribir un cuento. Tal vez precisamente el peso que en esa balanza se inclinó hacia el papel y el cuento hizo que no se le perdonaran jamás y que se apagaran las voces mundiales que lo señalaban como futuro premio Nobel. Milorad Pavić, como buen caballero que era, fingió no escuchar ese silencio cada vez más fuerte.

Pavić, además, borraba la diferencia entre el inicio y el final, pero también entre un cuento y el otro, por muy extraño que eso pueda sonar... Creía que la literatura era un palimpsesto, que un texto cubría al otro, que tan pronto un cuento se escribía, entre sus renglones se asomaban brotes de otro nuevo,

el cual al día siguiente ya tendría nuevos cogollos... Creía que algunas historias, cual serpientes, se deshacían de su muda... Que otras, como las aves, mudaban sus plumas... Lo cual producía nuevos plumones para las almohadas.

LA ALMOHADA... Anoche alguien, en un cuarto, en alguna parte, tuvo este libro de cuentos escogidos en sus manos... Con él, caído sobre el pecho, cruzó la frontera entre la vigilia y el sueño... Y por la mañana abrió la ventana y puso sobre el alféizar su almohada para que el aire y el calor inundaran las plumas-palabras de su interior... Luego, regresó la esponjada y cálida almohada a la cabecera de su lecho... Por la noche, esa almohada se iría adaptando a la cabeza y al cuello del lector... Con un susurro apenas perceptible de los cuentos de Milorad Pavić.

GORAN PETROVIĆ

JUEGO DE TÉ DE WEDGWOOD

En la historia que aquí se refiere, los nombres de los personajes se asignarán al final en vez de al inicio de su relación.

*

Nos presentó en la Facultad de Ingeniería capitalina mi hermano menor, que estudiaba filología y arte militar. Como ella buscaba a un colega con quien preparar Matemáticas 1, empezamos a estudiar juntos y, dado que no era de provincia como yo, lo hacíamos en la enorme casa de sus padres. Cada día, bastante temprano por la mañana, pasaba junto al reluciente coche marca Leyland-Buffalo, propiedad de ella. En la puerta, me agachaba y buscaba una piedra, la metía en el bolsillo, tocaba el timbre y subía al primer piso. No llevaba conmigo libros, cuadernos ni instrumentos; ahí siempre tenían todo, listo para usarse. Estudiábamos desde las siete hasta las nueve, cuando nos traían el desayuno, luego continuábamos hasta las diez, y desde las diez hasta las once, por lo general, repasábamos las lecciones ya estudiadas. Todo ese tiempo yo sostenía la piedra en mi mano para que, en caso de quedarme dormido, cayera al piso y me despertara antes de que se notara. Pasadas las once, ella seguía estudiando, pero yo no lo hacía después de esa hora. Así estuvimos preparando el examen de matemáticas cada día de la semana excepto el domingo, cuando ella estudiaba sola. Con tales resultados que muy pronto se dio cuenta que yo no lograba seguirle el paso y que mis conocimientos se quedaban cada día más atrás. Ella pensaba que me ausentaba por el deseo de preparar solo las lecciones que había perdido, pero no mencionaba nada. «Que cada quien, cual lombriz, coma

el camino que tiene por delante», pensaba consciente de que instruir al otro significaba no instruirse a sí misma.

Cuando llegó el ciclo de exámenes de septiembre, acordamos encontrarnos la mañana del examen para ir juntos a presentarlo. Por la emoción, no se sorprendió mucho cuando falté a la cita y no me presenté al examen. Solo después de aprobarlo tuvo tiempo para preguntarse qué había pasado conmigo. Pero yo no regresé hasta el invierno. «Después de todo, ¿por qué un bicho cualquiera habría de recoger la miel?», concluyó ella, aunque a veces se preguntaba: «¿Qué hace él, en realidad? Seguramente es uno de aquellos portadores de sonrisas que compra su mercancía en el oriente y la vende en el occidente, o viceversa...».

Por la época en que hubo que preparar Matemáticas 2, se topó conmigo de repente una mañana, notando con interés los nuevos remiendos en mis codos y mi pelo largo, como no lo había visto antes. Todo se repitió como la primera vez. Cada mañana llegaba a la hora acordada y ella bajaba entre capas de aire verde, como si atravesara las corrientes frías y calientes del agua; me abría la puerta soñolienta, pero con aquella mirada suya capaz de romper espejos. Me miraba por un instante escurrir mi barba en la gorra y quitarme los guantes. Al juntar el dedo medio con el pulgar los volteaba con un movimiento contundente, quitándolos a la par de las dos manos. Luego, ella pasaba sin más al estudio. Estaba decidida a estudiar con todas sus fuerzas, y lo hacía a diario. Con incansable voluntad y sistematicidad se adentraba en todos los por menores de la materia sin importar si era temprano, cuando estábamos aún frescos después del desayuno, o hacia el final, cuando trabajaba más lentamente, pero sin saltarse ningún detalle. Yo seguía yéndome a las once y, poco después, ella notó nuevamente que yo no lograba mantener la concentración, que mi mirada envejecía en una hora y que me rezagaba. Observaba mis piernas, una de ellas siempre lista para dar el primer paso, mientras que la otra se mantenía quieta, para luego intercambiar papeles.

Al llegar el ciclo de exámenes de enero, ella tuvo la impresión de que yo no iba a poder aprobar el examen, pero lo calló y se sintió un poco culpable por eso. «Después de todo —concluyó—, ¿debo acaso besarle el codo para que aprenda? Si corta el pan sobre su cabeza, es cosa suya...».

Pero esta vez, al no presentarme al examen se sorprendió y, tras terminar el suyo, buscó la lista de candidatos para verificar si no estaba programado en la tarde o en otro día. Para su gran sorpresa, mi nombre no estaba en la lista ni para ese ni para ningún otro día de ese periodo de exámenes. Era evidente: no me había registrado siquiera.

Cuando volvimos a encontrarnos en mayo, ella estaba preparando Hormigón pretensado y después de preguntarme si estaba estudiando las materias atrasadas y recibir la respuesta de que yo también estaba con Hormigón pretensado, volvimos a estudiar juntos como antes, como si nada hubiera pasado. Pasamos toda la primavera estudiando y cuando llegaron los exámenes de junio, ella supo de antemano que yo no iba a presentarme de nuevo y que no nos veríamos hasta el otoño. Me miraba pensativa con sus hermosos ojos enclavados en su amplio rostro, entre los que cabría una boca completa. Y efectivamente, todo se repitió una vez más. Ella presentó y aprobó Hormigón pretensado y yo ni siquiera fui al examen.

Tras regresar a casa contenta por su logro, pero completamente desconcertada por mi situación, notó que con las prisas del día anterior yo había olvidado en su casa mis cuadernos y, entre ellos, encontró mi libreta de calificaciones. La abrió sin pensar y con estupefacción descubrió que yo jamás cursé Matemáticas, que ni siquiera estaba inscrito en la Facultad de Ingeniería, sino en otra, donde aprobaba los exámenes sin falta. Recordó las infinitas horas de estudio juntos, que para mí debieron haber sido un esfuerzo inútil, una pérdida total de tiempo, y se hizo la inevitable pregunta: ¿por qué? ¿Por qué pasé tanto tiempo con ella estudiando materias que no tenían nada que ver con mis intereses ni con los exámenes que debía presentar? Reflexionó y llegó a una única conclusión: siempre

hay que tomar en cuenta aquello que se ha callado por completo; todo eso no fue por un examen, sino por ella. «Quién lo hubiera dicho», pensó, que yo fuera tan tímido y no pudiera declararle mi afecto durante años. Enseguida fue al cuarto rentado donde yo vivía con varios coetáneos de Asia y África, le sorprendió la precariedad que vio y le informaron que me había ido a casa. Como también le dieron la dirección de una pequeña población cerca de Tesalónica, se sentó sin pensar en su Buffalo y se dirigió hacia la costa egea en mi búsqueda, decidida a comportarse como si no hubiera descubierto nada inusual. Así fue.

Llegó a la hora del crepúsculo y en la orilla encontró la casa indicada, abierta de par en par, con un gran toro blanco atado a un clavo, en el cual estaba clavado un pan fresco. Adentro divisó una cama, en la pared un ícono, debajo de este una borla roja, una piedra perforada atada con un cordón, un trompo, un espejo y una manzana. En el lecho yacía una joven desnuda de pelo largo, quemada por el sol, de espaldas hacia la ventana y apoyada sobre un codo. La profunda canaleta que bajaba por la espalda y terminaba entre los muslos, ligeramente curvada, se perdía debajo de una burda cobija militar. Tenía la impresión de que la joven se daría vuelta en cualquier instante y que entonces podría ver sus pechos profundos, fuertes y resplandecientes en la cálida tarde. Cuando eso ocurrió realmente, vio que en la cama no yacía una mujer. Apoyado en un codo, yo masticaba mis bigotes llenos de miel, que fue mi cena. Al entrar en la casa y saberse vista, seguía sin poder librarse de la impresión inicial de haber advertido en mi cama a una mujer. Esa impresión, al igual que el cansancio por tanto conducir, pronto desaparecieron. Del plato, que tenía un espejo en el fondo, obtuvo una cena doble: frijol, nuez y pescado para ella y para su alma en la imagen, y antes de la comida, una pequeña moneda de plata que, como yo, sostenía bajo la lengua mientras comíamos. Así, con una sola cena nos alimentaron a los cuatro: a nosotros dos y a nuestras almas reflejadas en los espejos. Después de cenar, se acercó al ícono y me preguntó qué representaba.

—Un televisor —le dije—. En otras palabras, es la ventana a un mundo que usa una matemática diferente a la tuya.

—¿Cómo? —preguntó.

—Muy sencillo —contesté—. Máquinas, aeronaves y vehículos, construidos con base en tus estimaciones matemáticas cuantitativas, se apoyan en tres elementos totalmente carentes de carácter cuantitativo. Estos son: *el singular, el punto y el momento presente*. Solo la suma de singulares forma la cantidad; el singular en sí carece de toda mensurabilidad cuantitativa. Por lo que respecta al punto, dado que no tiene dimensión ni anchura ni altura ni profundidad, no es susceptible ni a la medición ni a la contabilidad. Los componentes más pequeños del tiempo, a su vez, siempre tienen un denominador común: el momento presente, y este tampoco es cuantificable ni conmensurable. De ese modo, los elementos fundamentales de tu ciencia cuantitativa representan algo cuya naturaleza no admite un enfoque cuantitativo. ¿Cómo vamos a creerle, entonces, a esa ciencia? ¿Por qué las máquinas construidas según esos desaciertos cuantitativos tienen una vida tan corta, tres, cuatro o más veces más corta que la humana? Mira, yo también tengo un búfalo blanco como tú. Solo que está hecho de manera diferente al tuyo, programado en Layland. Pruébalo y verás que en algunas cosas es superior al tuyo.

—¿Está domado? —preguntó ella sonriendo.

—Claro que sí —contesté—. Inténtalo, sin miedo.

Acarició al gran toro blanco ante la puerta y lentamente se subió a su grupa. Cuando yo mismo lo monté de espaldas a sus cuernos, mirando el rostro de ella, lo eché a andar junto al mar de modo que con dos patas pisaba el agua y con otras dos la tierra. Al principio se sorprendió cuando empecé a desvestirla. Pieza por pieza, su ropa caía al agua; entonces ella también comenzó a desvestirme. En algún momento dejó de montar al toro y me montó a mí, sintiéndome por dentro cada vez más y más pesado. El toro debajo de nosotros hacía todo lo que, de otro modo, nosotros mismos tendríamos que hacer, y ella ya no lograba distinguir quién la hacía gozar. Sentada en ese

amante doble vio, a través de la noche, nuestro paso al lado de los bosques de blancos cipreses, de la gente que recogía rocío y piedras perforadas en la costa, de la gente que prendía fuegos dentro de sus sombras y las quemaba, de dos mujeres que sangraban la luz, del jardín de dos horas de longitud, donde en la primera hora cantaban los pájaros y en la segunda caía la noche, en la primera florecían los árboles frutales y en la segunda, detrás de los vientos, nevaba. Entonces sintió que todo el peso que venía de mí pasó a ella y que el toro espoleado súbitamente cambiaba de rumbo y la llevaba al mar, entregándonos por fin a las olas que nos separarían...

*

Sin embargo, no me dijo ni una palabra de su descubrimiento. En otoño, estaba preparando su examen final y cuando le ofrecí que estudiáramos juntos, no se sorprendió en absoluto. Como antes, estudiábamos cada día desde las siete hasta el desayuno y luego, hasta las diez y media, solo que ya no se esforzaba por hacer que yo dominara la materia y yo, a mi vez, permanecía otra media hora que nos separaba de los libros. Cuando pasó su examen final en el ciclo de septiembre, no le extrañó, ni un poco, que no me presentara con ella al examen.

Se sorprendió cuando después de eso no volvió a verme más. Ni ese día ni el siguiente ni las semanas subsecuentes ni en los siguientes ciclos de exámenes. Nunca más. Extrañada, concluyó que sus estimaciones de mis sentimientos por ella, evidentemente, estaban equivocadas. Desconcertada por no poder adivinar de qué se trataba, una mañana estaba sentada en el cuarto en el que, por años, estudiamos juntos y su mirada por casualidad se detuvo en el juego de té de Wedgwood, que había quedado en la mesa desde el desayuno. Entonces comprendió. Durante meses, día tras día, con enormes esfuerzos y una pérdida infinita de tiempo y de fuerzas, trabajé con ella solo por obtener cada mañana un desayuno caliente, la única comida que podía tener durante esos años. Al darse cuenta de

eso, se preguntó algo más. ¿Era posible que yo, en realidad, la odiara?

*

Al final, queda solo un compromiso: asignar nombres a los héroes de esta historia, tal y como se prometió al principio. Si eso no se le ha ocurrido ya al lector, aquí está la solución. Mi nombre es Balcanes. El suyo, Europa.